



Los boxeadores mueren en su esquina

Por Christopher Adolfo Aguilar Reyna



Ilustraciones: Alejandra Valdés

Un sábado. Otro. Como otros. 11:35. Da una calada al cigarrillo. Algún inspector nocturno, con el empleo más inoportuno, hurga entre las jardineras. Tira envases, vidrios de soda y cerveza. Uno de ellos, el más audaz, cruza la plaza. Traza una ese niquelada que aturde sus oídos. Supone, ese, el sonido de las piedras preciosas trabajadas. Un sonido que viaja hasta el cielo y aterriza en el centro de sus labios. En cambio, el silbido calla. Otro sábado. Distinto.

“Que aparezca, que aparezca”, se dice a manera de plegaria. ¿Y la abuela?, la abuela está bien. Mejor. “Que aparezca, que aparezca”, piensa con febril anhelo. Es distinto el sábado. Tuvo muchos, ya no. Tuvo una pandilla, tuvo un chiflido. Ya no. El chiflido ha callado. Dos agudos y dos bajos, con una curva; como un slide. Luego, alguien salía de la ventana. Así comenzaba la noche.

Cuando pequeño, era choncho. Muy choncho. Fue un sábado también. ¿Dónde están esos días? En la casa de Lalita. Todos se besaban. A él le gustaba Lalita. La botella dio vueltas. Pudo besar a Lalita, un beso tierno. Luego, pudo, unos años más tarde, tocar otros labios de Lalita. Ganó confianza. Todo el carisma. Los sábados, esos sábados, el chiflido sonaba por su cuadra. Luego la pandilla estaba completa. Preparatoria y universidad, era el amo de la fiesta. No tenía que escuchar vidrios en la plaza. Todo cambia. Todo es un engaño.

Licorerías y bares. Principalmente bares. Cuando ellos entraban, de las billeteras salían mariposas. Las mujeres acudían al polen. La música crecía. Los cuerpos sudaban. A veces en la ciudad, por la calle, otras, en algún hotel de paso. Alquilaban la noche. Luego, todo era dolor de cabeza y resacas libidinales. Buenos recuerdos. Otros sábados que no dolían. El auto estaba lleno. Estaba.

Nunca tuvo que responder un solo golpe. No hubo ofensa alguna antes de ese sábado. Todo el carisma. Entonces, Alex consiguió esposa. Dos hijas en el camino. Israel consiguió dinero. Más que el resto. Daniel se fue. Erick también. Lo de Gio es un misterio. ¿Dónde estaba la pandilla? La pandilla había muerto. No hubo más chiflidos. La fiesta debía continuar. De todos modos no levantó el puño. Se dijo “¿y si vuelve? ¿Qué hay de la abuela? ¿Y si me mata luego? ¿y si está armado? ¿y si nos encontramos otros sábados?”. La ciudad era pequeña. “Los boxeadores mueren en su esquina”, se dijo. Silencio. Soledad. Seguir caminando. “Luego, luego”, le dijo sin defender su honor.

Los sábados eran duros. Los muros se desploman. Hay que salir corriendo. Un sábado su padre se había ido. De su madre no supo nada. Su hermana, la única, había conseguido marido. Un hombre bueno en cierta forma. Otra ciudad. La abuela en sueños desde las ocho.

El genio había perdido su brillo. Tomaba el auto. Un bar. Luego otro. Otro más. ¿Dónde estaba la pandilla? La mirada espesa. Los labios secos. En el último bar cogió un amigo, un rastafari.

No era una buena persona, pero no le dio importancia. Pararon en un lugar de 24 horas. Un par de cervezas. El rastafari armó lío. Volvió. “Vente”, le dijo. Eran tres. Decidió arrancar. Aceleró. Avanzó a toda prisa, habrían sido unas 10 o 12 cuadras. Perdió el sentido. Cuando despertó, el carro estaba hecho trizas contra un muro.

Nadie apareció en el hospital, sólo la abuela. La hermana ayudó con la cuenta. Todo había cambiado. El auto, el vehículo de las victorias estaba hecho polvo. Todo había cambiado. Ya no entraba a los bares. No había marcas en su rostro. Eran otras, más importantes. En cambio, encontraba al rastafari. Por una calle, por otra, y luego otra. “Invítame una cerveza”, le decía. “Luego, luego”. Otra noche, un sábado con más silencio que antes, por la misma plaza, lo alcanzó por el hombro. “Invítame una cerveza. Te llevaste dos ese día”. Estaba enojado, él también. Los ojos del rasta tenían algo más. Quiso golpearlo, pero no. La abuela. Pensaba en la abuela y en el futuro solo. “Luego, luego”, le decía, con el orgullo gacho.

Los sábados cambiaron para siempre. Caminaba por las calles de noche. Se sentaba a la sombra de una farola. En la iglesia. Afuera de un banco. En la plaza. Con un preparado de ron y agua mineral, lo más barato. Veía como los bares vomitaban gente. Como antes.

Ya no había risas, no podía verlas. Entonces aparecía el rastafari. “Mis cervezas”, le decía. Pensaba: ¿por qué nadie se ocupa de mí? Estaba enojado, él también. Estaba solo. Lo encaraba. Lo insultaba. Se le paraba enfrente. Quería armar bronca. No daba pie a nada. Apretaba los puños. Cobarde, pensaba. No reaccionaba. No era eso. Luego, sí, luego, y se marchaba con las piernas hechas un trapo.

La abuela se había ido. Sí, ese mal-dito día. 11:17. El televisor había hecho la sombra. Peinando con su luz sus cabellos de estropajo. “Adiós, abuela”, le dijo, poniendo el paño frío de sus manos sobre su pecho. Luego un beso. El último; en su frente de pomada. No había nada para él en ese lugar. Cogió lo que pudo.

Pensó en algunas lágrimas. “Luego, luego”, se dijo. Caminó, con la rabia en las plantas. Armó otro preparado. Fue a la plaza. “Que aparezca, que aparezca”, se dijo. Una banca fría. No había nadie más que él. La luna tomó un receso. Daba caladas al cigarro. “Que aparezca”.

11:40. La providencia atendió. Arrojó el cigarro. Guardó la botella. El rastafari estuvo ahí. “Mis cervezas”, le dijo. Estaba ebrio, un tanto más que él. No había paciencia en ninguno.



“Me debes dos”, ¿te acuerdas? No le hizo caso. Lo arrastró entre reclamos y empujones hasta un callejón oscuro. El desprecio le hizo tomarlo de la chaqueta. “Mis cervezas, cabrón”. En el último aliento de sed, le destrozó la botella de ron sobre su faz. Se hizo trizas. Fue al suelo. Luego una patada. Una más. Con el filo del cristal le dio en el rostro. En la boca, los ojos, en el oído, en la garganta y siguió hasta que aquello fue sólo carne expuesta. No paró, no había por qué.

11:51. Sobre sus manos, el aroma del ron lo estremeció. Volvió a sentir los labios de Lalita. Pasó por la casa de Alex y los otros. Silbó con sutileza, con la elegancia de una gaita irlandesa. 00:00. Cuando las ventanas se abrieron, el viento frío abrazó a la pandilla. Se había ido. Las sirenas brillaron. No pensaba regresar. Estaba lejos. Buscaba otra vida, otros sábados. Otros. 



Christopher Adolfo Aguilar Reyna es egresado del Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México; es músico, psicólogo y profesor en diversas instituciones de nivel superior. Ha publicado en varias revistas, como *Espora* y *La Colmena*. Actualmente es articulista para medios independientes.

